

tores continúen en otros volúmenes el trabajo que tan auspiciosamente han comenzado.

EZEQUIEL DE OLASO

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas (Argentina)

RUBÉN BONIFAZ NUÑO Y TITO LUCRECIO CARO¹

Véase en lo que sigue no exactamente una reseña, sino más bien un comentario, más detallado que una reseña, a este monumento poético que, junto al de Parménides, es el más alto texto filosófico en verso en la historia de la humanidad. Pero quiero ir por puntos y referirme, sucesivamente, a las principales ideas y aco-taciones del poeta Bonifaz acerca del poeta Lucrecio; el problema de la "pócima"; el epicureísmo en Roma; el pesimismo del poema; las principales ideas e imágenes del poema, siguiendo una a una sus seis partes; brevemente, algo más sobre Rubén Bonifaz Nuño.

1. Poco sabemos de la vida de Lucrecio (94 a.C.-50 a.C.). De lo que se sabe, Bonifaz lo dice, en su *Introducción*. Estamos en Roma "en el siglo primero antes de Cristo: uno de los centros más radiantes y más sangrientos de la historia humana". Por

¹ Tito Lucrecio Caro, *De la natura de las cosas*, introducción, versión rítmica y notas de Rubén Bonifaz Nuño, Biblioteca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Clásicos, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1984, 532 páginas.

una carta de Cicerón, dirigida a su hermano, conocemos la fecha de nacimiento de Lucrecio; por la *Vida de Virgilio*, de Donato, aprendemos que Lucrecio se fundó en Suetonio; por San Jerónimo —pero el fragmento es de dudosa exactitud— nos enteramos de que "después de que un filtro amoroso lo volvió loco y después de haber escrito, en los intervalos de su locura, varios libros que Cicerón enmendó, se mató por su propia mano a la edad de cuarenta y cuatro años"; que amó la vida y desdeñó la muerte —cosa que lo separa de Epicuro—; que para él, escribe Bonifaz, "todo temor es vano; no es de hombres el miedo a la muerte. El alma es mortal; en eso radica la garantía del señorío humano"; "que conoció el amor —sigue escribiendo Bonifaz— por sus glorias y sus oscuridades"; que todo es mortal; que deben evitarse las supersticiones y, pensador materialista, que debemos rehuir el temor a los dioses; por fin, y en última instancia, que ignoramos si el "apellido" de Caro es exacto o no. Sí, la mejor biografía espiritual —la que en su *Introducción* traza con pasión nunca ofuscada Rubén Bonifaz Nuño— es ésta: la del hombre que se niega a ser inmortal para vivir como hombre. Me gustaría recordar con George Santayana (*Three Philosophical Poets*, 1910), que este poema entrega el edificio todo de la naturaleza y que aunque no existiera la naturaleza seguiría siendo exacto, lúcido, verdadero y además, cito nuevamente a Santayana, Lucrecio muestra "...un extraño desprecio por el amor, una extraña vehemencia y una alta melancolía". De esta cita me interesa la última palabra ("melancolía") porque en cuanto al amor tien-

do a concordar con Rubén Bonifaz y no con el filósofo hispano-norteamericano.

Paso a mi segundo punto. Antes, una breve referencia a lo que Bonifaz dice acerca de su traducción, o, mejor, de este insuperable sistema de versiones clásicas que Bonifaz llama "versiones rítmicas". En primer lugar es de notar y admirar la literalidad ("la mayor literalidad" a que se refiere el traductor). Y esto es excepcional. Quiero decir, es excepcional —he cotejado muchos fragmentos del poema con el original —porque tenemos en el ritmo del perfecto castellano el perfecto ritmo del latín. Con toda razón, Bonifaz ha evitado, por así decirlo, unificar el texto. Valga un ejemplo. Nadie olvida que Lucrecio fue atomista. Con todo la palabra "átomo" no aparece en parte alguna del poema. Bonifaz prefiere dejar las cosas como son y traducir mediante términos cuasi-sinónimos cada uno con su carga significativa, lo que solemos llamar átomos, por su equivalente castellano. Algunos cuasi-sinónimos (la lista es incompleta: *primordia, principia, genitalia, corpora, semina*). Se trata, en cada uno de los casos, de elementos indivisibles y materiales que constituyen la *natura*. Era importante conservar la palabra original —no todos los traductores de Lucrecio lo hacen—. Más importante, acaso, conservar la diferencia entre *animus, anima, mens*. La verdadera poesía, la auténtica filosofía requieren fidelidad y exactitud.

2. La famosísima "pócima". Santayana, en el libro citado —admirable libro donde, además de Lucrecio, se pasean Dante y Goethe— no acaba de

creer en las historias de la pócima y el suicidio (las considera apócrifas). Pero la pócima parece haber sido verdaderamente "algo" que bebió el poeta. Para interpretarla, suponiendo que haya existido, Santayana afirma sin indebida solemnidad, que es posible que Lucrecio hubiera sido víctima de una "pasión patológica" de la cual habría derivado su "manía", hasta conducirlo al suicidio. La explicación es, probablemente, demasiado naturalista. Por lo demás, se queda en suposición puesto que carecemos de datos. Muchos evitan el problema o simplemente lo narran sin tratar de interpretar qué pudo ser esta pócima famosa. La palabra "furor", que se ha traducido como "locura" es vista por Rubén Bonifaz Nuño, ateniéndose al texto de San Jerónimo como "manifestación exacerbada del sentimiento amoroso". En este sentido aparece —véase la *Introducción*— en Virgilio. Locura, añadiría yo, pero, ¿locura de amor? De la locura nadie duda; tampoco del amor. Bonifaz Nuño lanza una hipótesis, creo que discutible: la posibilidad de que Lucrecio hubiera ingerido una droga cuyo contenido pudo haber sido algo semejante al ácido lisérgico o a los hongos alucinantes. Todo es posible pero no creo que para que exista la imaginación viva sea necesario ingerir ningún hongo o ácido. La imaginación se basta y sobra para ser imaginativa. Por otra parte, nada en el poema sugiere "insania" —aunque no dudo de que pudiera haber sido escrito en los "intervalos" a los cuales nos remite Jerónimo el santo (también así escribió Vico su *Scienza Nuova*). Me explico algo más: la pócima podría explicar la locura pero no la poesía

de *De rerum Natura*. Creo en cambio que es absolutamente certera la observación que identifica “amor-furor”. Y el amor, en Lucrecio como siglos más tarde en Juan Luis Vives, es, como escribe Bonifaz Nuño, “el medio para vencer la guerra” y es “la causa de la paz”.

Abandonemos el tema. Pócima o no, *De la natura de las cosas* es una gran estructura a la vez densa y cristalina, donde se alternan amor y muerte, amor y vida. No en vano el poema se inicia con el muy famoso himno a Venus, una Venus que está en toda la humanidad.

3. Mucho se ha escrito sobre el epicureísmo en Roma. Lo ha hecho, admirablemente, Pierre Boyancé en *Lucrèce et l'épicuréisme* (1963). Es dudoso pensar con Bailey (*Phases in the Religion of Ancient Rome*, 1932) que el primer epicúreo romano fuera Telamón (fuéralo o no, carecería de importancia). A. Taglia prueba, creo que sin duda alguna, que Lucilo se había referido a los “ídolos” —las imágenes que provienen de las cosas y afectan los sentidos (*Sulla formazione spirituale di Lucrezio*, 1948). La referencia de Lucilo podría o no ser de origen epicúreo. Pero vuelvo a Pierre Boyancé. Lo que es indubitable es la presencia en Roma de algunos griegos “oscuros” (Alquio, Filistos), de cuya influencia nada sabemos o sabemos muy poco. Según Cicerón —y Cicerón inspira seguridad— el primer filósofo netamente epicúreo romano habría sido Amofinio (*Tusculanes*, IV, 9-10). En lo que difieren Lucrecio y Cicerón es en la importancia y difusión del epicureísmo en Roma. Lucrecio cree que la multitud rehúe

un texto como el suyo, lo cual es posible (*De rerum natura*, I, V, 953-945) pero —no es nada inverosímil lo que piensa Cicerón— es casi seguro que esta multitud tendía al epicureísmo, filosófico o, mejor, filtrado a nivel de vida diaria (*Tusculanes*, IV, 6-7). Lo que es seguro: existió un epicureísmo “aristocrático” (así lo denomina Boyancé) escrito en griego (Calpurnio, Filodemo al servicio de un cónsul romano). Es cierto, igualmente, que, en Atenas y en el siglo I a. de C., Faidos escribió en la vena de Epicuro. Pero, ¿tuvo alguna influencia esta tradición en Lucrecio? Es probable y lo hace probable su dedicatoria al gran amigo Memio (I, 26-28). Pero su raíz y fuente es Epicuro, de quien discrepa —lo veremos— más de lo que se ha sospechado. Boyancé no cree que el final de la sexta parte del poema de Lucrecio sea pesimista. Lo es y yo soy de aquellos que ven en esta parte última la contraposición sombría a lo que fue luz en el comienzo del poema: los versos dedicados a Venus.

4. En el análisis al poema, Rubén Bonifaz hace resaltar el tono pesimista —“melancólico” según Santayana— del final del poema. No cabe la menor duda: el final es pesimista. A partir del verso 1138 de la parte sexta y última se narra —sigo las palabras de Bonifaz Nuño y las cito— “la peste de Atenas”, llegada de Egipto. La peste “produjo tremenda mortandad”, los atenienses “evitaban los cadáveres, y si comían de ellos morían del contagio, pues los animales enfermaban también”, “los hombres no sepultaban a sus deudos, y peleaban por quemarlos en

hogeras encendidas para otros". Bástenos con citar los cuatro últimos versos del poema:

Pues encima de construcciones de
rogos ajenas,
a sus consanguíneos con ingente
clamor colocaban,
y ponían debajo las teas, con mu-
cha sangre a menudo
riñendo, más bien que fueran
abandonados los cuerpos.

¿Es eso el final optimista de un poema?

5. *De la natura de las cosas*, reitera elogios de Epicuro (el más contundente elogio aparece en el Libro sexto, verso 1 y ss.). Pero existe un hecho. Epicuro distinguía tres partes de la filosofía: la *canónica* (psicología y lógica), la *física* y la *ética*. Lucrecio remite casi únicamente a la física y sus observaciones éticas —claro que las hay— se parecen más a las de Filón de Alejandría, quien pensaba que el infierno está en este mundo y no en otro, que a las de Epicuro. Por lo demás, la moral de Epicuro conduce, bien lo vio Santayana, a una suerte de ideal de santidad —“Epicuro era un santo”, dice entre bromas y veras Santayana—. No cabe la menor duda, Epicuro buscaba el placer, pero este placer, únicamente definible como “ausencia de dolor”, era el camino hacia la inmovilidad (la *ataraxia*) y la contemplación ensimismada. Lucrecio, dramáticamente, locamente, está enamorado de la vida, una vida presidida por Venus: “Madre de los Enéadas, de hombres y de dioses de leite” (así empieza *De rerum natura*).

Leamos el poema, paso a paso, siguiendo el resumen de Bonifaz Nuño más la inevitable lectura de la obra. Leámoslo teniendo en cuenta la hermosa descripción que del poema hace Santayana: “parece que leyéramos no la poesía de un poeta acerca de las cosas, sino la poesía de las cosas mismas”.

Libro I

Después de la introducción venusina (“invocación” la llama con propiedad Rubén Bonifaz), Lucrecio proporciona el plan del libro dedicado a Memio, elogia a Epicuro y proclama reiteradamente la invalidez de la religión y los males que ésta crea. Muy cerca de Epicuro, y ya en pleno tema de su *física*, Lucrecio dice que no existe la creación divina, que nada perece, aunque perezcan seres del mundo, que los átomos estén en el vacío —Bailey sostiene que Epicuro da en su poema once pruebas de la indestructibilidad de los átomos —que estos átomos circulan, se encuentran y desencuentran en el vacío, que el tiempo es no sustancia sino accidente de átomos y vacío, que los átomos son simples, indivisibles, eternos. Termina el Libro I con una triple refutación: de las filosofías de Heráclito, Empédocles, Anaxágoras. Rubén Bonifaz resume muy bien las tres refutaciones. Cito. “Erraban Heráclito y sus seguidores al pensar que la materia de todo era el fuego. Si así fuera ¿cómo podrían ser tan variadas las cosas?” Heráclito habría podido responder que las cosas son varias y de variada formación (no solamente existe el fuego; existen también lo húmedo, el aire, la tierra). Además, ¿el fuego, no es, en

Heráclito, símbolo de Logos? No discutamos. Lo que sucede es que Ramón Xirau es amigo de Heráclito. Menos me importa que se critique a Empédocles, el que a los 90 años se echó al Etna para purificarse —extraña diversión—. Recordemos sin embargo que Lucrecio olvida que Empédocles era dualista pero que la Amistad o el Amor acabarían por destruir el Mal del mundo. Por lo que toca a Anaxágoras, no acabo de entender las objeciones. ¿No será que le molestaban a Lucrecio las *homso-mariás*, en el fondo átomos espirituales o, si se quiere, cualitativos? No importa. El poema de Lucrecio sigue siendo “el poema de la cosas mismas”.

Breve cita de este Libro I. El hermoso principio:

Madre de los Enéadas, de hombres y de dioses deleite,
alma Venus, del cielo bajo los lá-
biles signos,
la que el mar návigero, la que las
frugíferas tierras
ánimas, pues por ti el linaje todo
de seres vivientes
es concebido y ve, nacido, las lum-
bres del sol...

Libro II

Después de elogiar la filosofía —y tan *poéticamente!*—, describe Lucrecio los movimientos de los átomos, sus relaciones y combinaciones, vuelve a negar la creación divina, acepta el *clinamen* (“declinación”) y con él la libertad proclama finita la “variedad de las formas” y de sus mezclas, declara que los átomos no tienen colores ni, de hecho, ninguna cualidad sensible, que el conocimiento proviene de los sentidos, que existe una

pluralidad de mundos —la idea de una infinidad de mundos es antigua; proviene del siglo VI a. de C.

En este Libro lo más importante es la afirmación de que existe un “clinamen”. Recordemos que para Leucipo y Demócrito, fundadores del atomismo, los átomos seguían la *necesidad* y caían verticalmente. Pronto los filósofos, entre ellos Aristóteles, objetaron que si así fuera, no habría mundo puesto que los átomos nunca se encontrarían para constituir cuerpos. La idea de Aristóteles fue aceptada por Epicuro y éste, atomista, propuso la teoría de la “desviación”, del *clinamen*, según la cual los átomos pueden desviarse levemente de su curso y así entrar en contacto. Pero de ser así, puesto que todo es materia, el mundo es azaroso, es azarosa el alma (material) y es el alma libre. Lucrecio repite a Epicuro (II, 251 y ss.).

Libro III

Después del elogio de Epicuro se analizan *anima* y *animus* (el *anima* está en todo el cuerpo, el *animus* en el corazón), se muestra que ambos son materiales, se critica la metempsi-cosis (transmigración de las almas) y se ve la naturaleza como una persona, acaso más al modo de los estoicos que de Epicuro. Nuevamente, evitar la religión que nos hace temer la muerte. Cita donde se concentran ideas fundamentales del libro:

La Natura, hecha persona, dice:

En fin, si la Natura de las cosas
voz de repente
enviara, y la misma así a alguien
de nosotros esto increpara:

“¿Qué de tan grande, oh mortal,
que en exceso de los tristes
te entregas? ¿Por qué la muerte
gimes y lloras?
(931-934).

Libro IV

Se describe la naturaleza de los *simulacros* (los “ídolos” o imágenes que las cosas despiden para que lleguen a nuestros sentidos), se muestra su velocidad de transmisión casi instantánea, se describen los sentidos, se explican los sueños como “imágenes de nuestros afanes o nuestros oficios”, se habla del amor a partir del *semen*, se narra la posibilidad de que se ame a las mujeres feas. No describiré los detalles que Rubén Bonifaz Nuño —a quien aquí continúo siguiendo— resume en la *Introducción* al poema. Cito, no deja de ser divertido, la cuestión de las mujeres feas:

Y, a veces, no por orden divina y
las saetas de Venus
sucede que una mujercilla de inferior
forma sea amada.
Pues hace veces la misma mujer
con sus hechos y modos
morigerados, y su cuerpo esmeradamente
cuidado,
que fácilmente te acostumbres a
pasar la vida con ella.

También las feas son hijas de Venus. De hecho son Venus.

Libro V

Nuevamente elogio a Epicuro, ahora comparado a un dios. Pero, ¿por qué elogiar así a Epicuro, quien, por decirlo resumiendo a Santayana,

no supo experimentar —como supo hacerlo Demócrito—, fue endeble y, según sus cartas, fragmentos, y narraciones hechas por otros —por ejemplo este epicúreo divertido que fue Diógenes Laercio— al fin y al cabo una suerte de bobalicón “santificado” por Santayana? Tan superior a él, parece ser que Lucrecio lo admiraba. Se reiteran temas: dioses ajenos al mundo, eternidad e inmortalidad de los átomos, puesto que son simples e indivisibles, creación del mundo por agregaciones “atómicas”, y principalmente, la descripción verdaderamente hermosa y creíble de una suerte de evolución que lleva de las razas desaparecidas a los hombres rudos a la comunidad fundada en el lenguaje, y la ley. Vivas las partes que remiten al descubrimiento de los metales, las siembras, etc., y, sobre todo, al valor de las artes. Vayan dos citas:

Y entonces también crear muchos
portentos, la tierra
procuró, con admirables faz y
miembros nacidos,
el andrógino, entre ambos, y ni uno
ni otro, y de ambos remoto;
huérfanos de pies, en parte; de
manos privados, por turnos;
mudos, sin boca, también; sin rostro,
ciegos, se encuentran,
y atadas en el cuerpo entero por
la adhesión de los miembros
así que ni hacer nada pueden ni
a parte alguna apartarse,
ni evitar el mal ni tomar lo que
es necesario (V, 837-844).

Segunda cita:

Navegación y cultivos del campo,
leyes, murallas,

armas, vías, vestes y lo demás del género de esto, premios, toda delicia de la vida también, cabalmente...

Así, poco a poco, pone en medio la edad cada cosa, y la razón la erige de la luz a las playas.

Pues con el corazón veían clarear una cosa tras otra hasta que con las artes a la suma cumbre vinieron.

(V, 1440-1450 y 1454-1457).

Libro VI

Nostalgia del brillo de Atenas y recuerdo de Epicuro. Se describen los fenómenos naturales: trueno, rayo, relámpago —muy detalladamente—, trombas, nubes, lluvias, arco iris, volcanes (Etna), crecidas del Nilo, los lagos carentes de pájaros, el imán, y, al final —¿cómo pudo pensarse que el final era optimista?— la ya referida peste de Atenas.

Valgan algunos versos.

Baja del cielo el "color áureo del líquido fuego",
 porque es necesario que tengan las nubes mismas muchísimas semillas de fuego; pues cuando están sin líquido alguno, las más veces un flámeo y espléndido color tienen ellas

(VI, 205-208).

Después, la muerte de Atenas, sin duda contraparte de la bella, hermosa Venus inicial.

5. El gran Epicuro no es Epicuro —no lo es, por lo menos, en la breve obra que de él nos queda. Epicuro es Lucrecio, un Epicuro a veces triste, a veces "melancólico", a veces dramáti-

co, pero no un negador de la vida y sus "deleites".

Todo lo anterior, naturalmente en la versión de Rubén Bonifaz Nuño que, no sin esfuerzo, permitirá al lector poder acaso leer, o "escuchar", el ritmo del poema latino. Por cierto, y para quienes deseen obtener datos de alta aunque especializada erudición, al final del libro aparecen notas al texto latino y al texto español que ocupan algo más de una quinta parte del volumen.

Dejé para el final un comentario. ¿Por qué *natura* mejor que *naturaleza*? En primer lugar por afán de "lateralidad" pero sobre todo, sospecho, por deseo de expresar que este gran edificio cristalino y denso *está*, es un *estado* que describe un mundo que es ya, para siempre, el mismo mundo fijado por el poema.

Concluyo con palabras de la *Introducción* de Rubén Bonifaz Nuño. Dicen así: "Lucrecio... alcanzada la serenidad mediante el conocimiento, contempla el mundo que ha comprendido y, porque sabe, nada teme; pero a la vez, sumido en la pasión sexual, codicia lo imposible: adueñarse con la caricia de algo del cuerpo que ama, que es el mundo, y fundirse con él adhiriéndosele rabiosamente, sin más pausa que la del deleite consumado, y finca en eso el sentido de su existencia."

RAMÓN XIRAU

Eugenio Trías, *Lo bello y lo siniestro*, Seix Barral, Barcelona, 1985, 187 pp.

Eugenio Trías, nacido en Barcelona (1942), tiene publicados ya trece libros (catorce con el que aquí se